

## ***Discurso del Sr. Raúl Prebisch en la Reunión de Gobernadores del BID, en Abril de 1970, celebrada en Punta del Este***

En el mes de Abril de 1970, en Punta del Este, Uruguay, tuvo lugar la XI Reunión de la Asamblea de Gobernadores del Banco Interamericano de Desarrollo.

Un año antes, el Presidente del Banco, nuestro compatriota, señor Felipe Herrera Lane —Profesor del Departamento de Derecho Económico— había invitado al ex-Secretario Ejecutivo de la CEPAL, señor Raúl Prebisch a preparar un informe sobre el estado del subdesarrollo en América Latina.

Hallándose listo el informe del señor Prebisch, se invitó al prestigioso economista argentino a la Junta de Gobernadores de Punta del Este para que presentara en forma oficial el referido documento.

Fue así, como en sesión especial celebrada el 23 de Abril, don Raúl Prebisch hizo entrega de su informe mediante un discurso que representa el muy particular enfoque de su autor respecto del grado de subdesarrollo que vive nuestro continente.

Reproducimos este discurso por una especial deferencia del Profesor Francisco A. Pinto, quien asistió a dicha cita interamericana.

## Discurso del Sr. Raúl Prebisch en la Sesión Plenaria Especial del 23 de Abril de 1970

Cuando Felipe Herrera me invitó a escribir este informe, no vacilé en comprometerme a hacerlo. Quería ver nuevamente los problemas de la América Latina desde cerca, después de haberlos visto a la distancia en esos seis años de trotar por los mundos. Más aún, después de haber visitado un gran número de países en desarrollo, quería confrontar mis experiencias con esta nueva visión de la América Latina. Comprobo ahora que sus problemas son muchos y muy difíciles que los de la mayoría de aquellos países y que está el caso de una urgente acción el resolverlos. Hay en efecto fuerzas expansivas considerables en la economía latinoamericana. No hubiera podido concebirse hasta ahora los logros alcanzados en la industrialización y sólo con gran diligencia pudo haberse tenido entonces la visión de lo que hoy son las grandes ciudades latinoamericanas, su prosperidad, también, por qué no decirlo, la manifestación imprecisa de este nuevo surgimiento de una cultura auténtica. Hay países en la América Latina que se están empeñando en atacar sus problemas sociales, sobre todo en los campos de la salud, de la vivienda y de la educación, y hay una creciente preocupación por la mala distribución del ingreso. Todo ello con enormes dificultades, a las que no escapa el esfuerzo de algunos gobiernos de atacar a fondo ese gravísimo problema económico y social que es la inflación. Muy difícil hacerlo por cierto, muy difícil sofocar sus raíces profundas mientras no se acelere el ritmo del desarrollo.

Por ello no existe ni en mi informe ni en esta presentación el ánimo de ignorar las enormes dificultades que encierran estos problemas y los sacrificios que se realizan para resolverlos. Tampoco se desconocen, y parecería innecesario decirlo, las diferencias considerables que existen entre los países latinoamericanos. La variedad de niveles de desarrollo y grados de industrialización, la diferente dotación de recursos naturales, la dimensión y condiciones de sus mercados internos, en fin, las singularidades propias de cada unidad nacional.

Muchas veces, sin embargo, los problemas inmediatos enfocados en el marco estrecho de cada país oscurecen la perspectiva de largo alcance y esto entorpece insertar la difícil acción cotidiana en una estrategia de desarrollo de largo plazo.

De suyo difícil esta tarea de la transformación y el desarrollo de nuestros países. La lucha es dura, y debe serlo. Y más aún cuando al realizarla existe el tenaz empeño por preservar ciertos valores fundamentales que es necesario afianzar y extender.

Actúan en América Latina poderosas fuerzas expansivas que constituyen nuestro mayor potencial del desarrollo. ¿Por qué entonces tanta preocupación, por qué no dejar seguir el curso de los acontecimientos? Si mi respuesta hubiera sido positiva, no hubiera escrito este Informe. Desgraciadamente tiene la América Latina muy graves problemas, pues esas fuerzas expansivas están seriamente limitadas por factores externos e internos.

No podría decirse que el ritmo de desarrollo de algo más de 5% anual que ha tenido la América Latina en los últimos veinte años sea una tasa pequeña, pero el ritmo de desarrollo no puede medirse en si mismo, sino por lo que significa desde el punto de vista económico y social. Y desde este punto de vista el ritmo latinoamericano no ha podido resolver lo que llamo la insuficiencia dinámica de la economía.

¿Por qué insuficiencia dinámica? Fundamentalmente porque el sistema económico, tal cual ha venido funcionando, no ha demostrado aptitud para absorber productivamente sino una fracción del incremento extraordinario de la fuerza de trabajo, resultado de la elevada tasa de crecimiento de la población.

Queda mucha gente redundante en los campos, a pesar de la precaria técnica agrícola prevaiente, y la gente que sale de la agricultura solo en mínima parte es absorbida productivamente por la industria, la construcción y la minería, que llamo en mi informe el grupo de la Industria. El resto va a abultar la ocupación en una vasta gama de servicios, cuando no queda desocupada. Se trata de una absorción espúrea y no genuina de fuerza de trabajo, que gravita muy adversamente sobre toda la economía.

Anteayer Felipe Herrera se refería al problema de la concentración urbana. Esta concentración patológica de gente en las ciudades que es en parte consecuencia de las grandes fallas con que está funcionando el sistema económico en la América Latina.

Me he preocupado en mi Informe de medir este fenómeno de la fuerza de trabajo y las cifras son realmente impresionantes. Hace 20 años el 35% de la fuerza de trabajo fuera de la agricultura, principalmente en las ciudades, trabajaba en el grupo de la Industria. Esta proporción debió haber subido, pero por el contrario es ahora del 30%. Solamente dos países de la América Latina se sustraen a esta seria deformación en la estructura ocupacional de la fuerza de trabajo, México y Argentina, en donde el grupo de la Industria absorbe el 40% de la fuerza de trabajo no agrícola. Pero México tiene fuerte redundancia de gente en la agricultura y la Argentina si bien tiene una proporción relativamente baja de fuerza de trabajo en esta actividad no escapa a la redundancia en las ciudades.

Por supuesto que los fenómenos son muchos más complejos, y que las comparaciones entre países no deben tomarse sino como ilustración, pero todo esto representa un ingente desperdicio de potencial humano en la América Latina, que se agrega al mal aprovechamiento de la tierra y de la capacidad productiva de la industria y los servicios básicos. Pero hay algo talvez más inquietante, y es que esta falta de oportunidades afecta a las nuevas generaciones que se van asomando

a las responsabilidades de la vida, genera en ellas sentimientos de frustración y lleva a un número creciente de hombres jóvenes a salir al exterior a buscar campos de actividad que no encuentran en sus propios países.

Tampoco quisiera simplificar este fenómeno de la emigración juvenil. Responde a muy diferentes factores. Pero no me cabe duda que la insatisfacción dinámica de la economía tiene gran importancia, no sólo porque se enfrenta al horizonte vital de esas nuevas generaciones, sino porque hiera cada vez más profundamente el panorama de esta América Latina en que las disparidades sociales se han agravado antes que reducirse. No olvidemos ciertos datos fundamentales que conciernen al conjunto de la América Latina. No se me diga más que las cifras de conjunto no representan a ningún país. Claro que no, para quién podría decir que en su país no preocupa este tipo de problemas. ¿Quién podría negar que la mayor parte de los campesinos en la América Latina en los últimos 20 años apenas han recibido una fracción pequeña del fruto del progreso técnico?

Pero el fenómeno es más general, pues el crecimiento del ingreso de América Latina apenas llega a los estratos inferiores, tanto en los campos como en las ciudades. La diferencia de sus ingresos con el de los estratos medios y superiores parece dilatarse. Esto es muy grave, pues esos estratos inferiores, según estimaciones conjeturales, abarcan el 60% de la población latinoamericana y sólo participan en poco más del 20% del consumo. Más aún, los estratos inferiores en general dictan mucho de haber acrecentado su ingreso, en relación no sólo a sus legítimas aspiraciones de bienestar sino al potencial de la América Latina.

Quisiera dirigirme ahora a los industriales de la América Latina y preguntaries si pueden confiar en que la sustitución de importaciones les va a seguir ofreciendo un mercado suficiente como en otros tiempos, y si no creen que ha llegado el momento de servir además a otro mercado que aquel que se formó con el vacío que dejaban las importaciones. ¿Por qué no lanzarse a un mercado interior, a una nueva frontera, esa nueva y promisoría frontera de las masas rezagadas? Hay allí un enorme potencial de consumo, que sólo podrá abrirse con la integración social de las masas rezagadas en el campo y en las ciudades de la América Latina.

¿Qué es esa integración social? Es acaso una ilusión piadosa o algo que está al alcance nuestro, en esta generación? Sí, está al alcance de esta generación y este es un punto primordial en mi Informe. Para ello será indispensable aumentar el producto medio por hombre en la agricultura, por el mejor aprovechamiento de la tierra y cambios en la tenencia que abran el paso a la introducción de nuevas tecnologías.

Pero no nos hagamos ilusiones, cuanto más aumente el producto por hombre, tanto más intenso será el éxodo de gente de la agricultura. Esa gente tiene que ser absorbida, principalmente por el grupo de la industria, el cual, además, tiene que contribuir a la absorción de la mano de obra redundante que existe en las ciudades.

Defendámonos del espejismo de creer que introducir el progreso técnico en la agricultura y aumentar su capacidad de retención de fuerza de trabajo son

objetivos compatibles. No lo han sido históricamente, ni lo serán en el futuro salvo en casos circunstanciales. ¿Cómo acrecentar en consecuencia el poder de absorción de la industria? Esto es parte del problema general del desarrollo. Es indispensable en la América Latina elevar el ritmo de desarrollo. Hay países que ya lo han hecho, y si bien dista mucho de ser suficiente, ello demuestra la posibilidad de hacerlo. Pero no cabe ocultar que esto no es tarea fácil. La América Latina necesita cumplir un esfuerzo extraordinario de acumulación de capital, que tiene que hacerse fundamentalmente con sus propios recursos y también un extraordinario esfuerzo de comercio exterior.

Y aquí entro a un punto crucial de mi Informe. ¿Qué acumulación de capital y qué exigencias de comercio exterior tendrán que cumplirse para que la América Latina pueda afrontar con eficacia el problema de la insuficiencia dinámica de su economía? Es lo que quisiera decirles a ustedes ahora. Para ponerlo brevemente, esas exigencias imponen alcanzar una tasa mínima de crecimiento de 8% en el conjunto de la América Latina, en algunos países más, en otros menos, según sus peculiares condiciones y problemas. Por supuesto que una meta así no podrá alcanzarse súbitamente. Por eso en mi Informe he hecho un planteamiento en que se pueda llegar a ese ritmo durante este decenio. Ese ritmo de desarrollo no responde a una mera cuestión de preferencias. ¿Por qué no se propone otro ritmo? Pues por la sencilla razón de que en la América Latina una tasa inferior no permitiría afrontar eficazmente el problema de la insuficiencia dinámica.

Ese ritmo de 8% a alcanzar en 10 años sólo permitiría detener el proceso de deformación ocupacional. Sería necesario mantener después ese ritmo del 8% durante otros 10 años para invertir ese proceso y aproximarse a una distribución más adecuada de la fuerza de trabajo, similar a la que hoy tienen México y la Argentina, o sea que el 40% de esta fuerza fuera de la agricultura, se ocupe en el grupo de la industria.

Estoy plenamente consciente de las considerables dificultades tanto internas como externas que se presentan para alcanzar estas metas. Veamos primero las de comercio exterior. Por razones que se explican en el Informe, las importaciones tenderían a crecer con un ritmo más elevado que el producto, o sea a más de un 8% por año. De otro lado, sería muy optimista pensar que las exportaciones habituales crezcan con una tasa semejante. Uno de los imperativos más terminantes que se desprenden del Informe es que habrá que hacer un esfuerzo extraordinario para desenvolver nuevas exportaciones de carácter industrial, lo que exigirá una política firme y sostenida. Ahora bien, aún cuando la América Latina pudiera alcanzar las tasas más altas de los países que más éxito han tenido en el mundo en la exportación de manufactura en las últimas décadas, le quedaría aún una brecha relativamente grande y aproximadamente el 3% de la tasa de crecimiento del 8%, a cubrir de otra manera.

En el Informe se llega a la conclusión de que este vacío sólo puede llenarse en pequeña parte con recursos financieros internacionales. Un esfuerzo decisivo tendrá que hacerse inevitablemente mediante la sustitución de importaciones.

Aquí se plantea un punto de primordial importancia. Si vamos a intensificar lo que se viene haciendo desde la gran depresión mundial, el proceso sustitutivo tiene que pasar ahora resueltamente a los bienes de capital y a los bienes intermedios. Y yo me pregunto con insistencia en mi Informe, si será posible hacerlo como hasta ahora, dentro de los compartimientos estancos en que se encuentra fraccionada la América Latina. No lo creo.

Claro que todo es posible, ¿pero a qué costo? Si tenemos que intensificar la acumulación de capital y producir a la vez equipos a costos exagerados, ¿se podrá cumplir ese esfuerzo? Planteo este problema y no tengo escrupulos en afirmar que se impone aquí, mucho más que antes, la integración de industrias básicas en la América Latina.

Aquí estamos en grave falta. Tal como lo dijo Felipe Herrera, se han logrado resultados positivos en la integración, y presente cifras en mi Informe que esto lo confirman. Pero no podría negarse que en los 10 años transcurridos de ALALC no se ha hecho un solo arreglo importante de integración de industrias básicas, de bienes de capital o de bienes intermedios. Y así no vamos a salir de esta crisis estructural de la América Latina.

Considero que una de las conclusiones más terminantes del análisis que he hecho es que será difícil y lenta la integración social de las masas rezagadas en los países latinoamericanos, sin una mancha firme hacia el Mercado Común. Para decirlo esquemáticamente, la integración social de las masas requiere la aceleración del ritmo de desarrollo. Esto a su vez exige vencer el estrangulamiento exterior de la economía y esto implica exportar productos industriales, y por más optimista que se sea con respecto a la exportación al resto del mundo, es indispensable aumentar sobre todo la exportación de bienes de capital y de bienes intermedios entre los países latinoamericanos, bajo un Mercado Común en formación. No se haga ilusiones la América Latina. No se podrá acelerar el desarrollo con fuerte sentido social sin la cohesión de las economías latinoamericanas. Pero entendámonos bien. La integración no puede ser un instrumento para que se desarrollen los países más grandes, dejando a la zaga los medianos y pequeños, sino para que todos compartan las ventajas del progreso técnico y de la industrialización. Aquí también se necesita una política consciente y deliberada, como para el desarrollo interno.

Ahora bien, estos programas de intensificación de las exportaciones van a demorar en rendir todos sus frutos. Mientras tanto, para emprender la aceleración de su ritmo de desarrollo, la América Latina necesita importar, sobre todo bienes de capital, y es aquí donde veo la necesidad o la conveniencia de la aportación de recursos financieros internacionales, para adquirir esos bienes que no podemos producir, ni adquirir en un comienzo con nuestras exportaciones. Y aquí entro en un aspecto importantísimo del planteamiento del Informe. La necesidad de una aportación masiva de tales recursos, ligada a muy juiciosos planes de desarrollo económico y social, para elevar con celeridad el producto en un número corto de años, sobre todo aprovechando la capacidad ociosa de la economía latinoamericana.

Recordemos que nuestras economías, cuando atraviesan por periodos de bonanza en las exportaciones, son capaces de aumentar rápidamente su ritmo decrecimiento. Esta reacción no sería posible si no existiera capacidad ociosa. Claro que cuando la situación del comercio exterior se torna nuevamente precaria, vuelve a quedar un margen considerable de capacidad sin aprovechar. Pero el esfuerzo debe ser persistente, no sólo para aprovechar la capacidad ociosa, sino para aumentar la tasa de inversión.

En el Informe presento cifras que demuestran cómo podrían elevarse apreciablemente los recursos internos de inversión, frenando por un periodo el incremento del consumo más que el consumo en si mismo, en los estratos superiores e intermedios de la colectividad. No así el de los inferiores, que está muy a la zaga y que tienen necesidades que atenderse perentoriamente. Por donde se ve la combinación de objetivos: acelerar el desarrollo e ir estrechando las disparidades sociales. Para que se tenga una medida de las dimensiones de este esfuerzo, el coeficiente de inversiones tendría que subir del 18% actual al 26% hacia fines del decenio, y la mayor parte del esfuerzo tiene que ser interno. Reitero que no estoy proponiendo una estrategia para cada país, sino llamar la atención sobre problemas que a todos interesan.

Es extraordinario el esfuerzo que debemos cumplir para pasar a un ritmo que vaya corrigiendo la insuficiencia dinámica. Esfuerzo que será tanto más difícil cuanto menos vigorosa y positiva sea la política de cooperación internacional. No puede decirse que haya habido verdadera política de cooperación internacional. Lo vengo diciendo de años atrás y lo repito ahora. Medidas débiles, inconexas y con frecuencia contradictorias. Pero tampoco quisiera negar una serie de realizaciones positivas. EL BID es una de ellas. Pero no insisto sobre esto en mi Informe, no porque me haya cansado de decirlo, sino porque otros han tomado esta tarea.

Ahí está el Informe Pearson, que para mí tiene un mérito singular. El mérito de preconizar medidas exageradas, irresponsables e irrealistas. ¿Cómo no voy a decirlo señores si así fueron calificadas las mismas medidas preconizadas por UNCTAD desde 1964? Otro caso notable también es el Informe Peterson, que considero constructivo. Confieso que mi entusiasmo por estos informes sería mayor si hubieran dado más relevancia a la iniciativa de los países en desarrollo, cuya inferioridad tecnológica y financiera es manifiesta. A mi juicio es esencial que la inversión privada extranjera, sin desmedro de su legítimo afán de ganancia, contribuya a corregir progresivamente este estado de cosas, antes que perpetuarlo. Lo digo por tres razones principales, que explico en mi Informe. Primero, porque es necesario dar a los elementos dinámicos de la economía latinoamericana un papel fundamental en su desarrollo. Segundo, por consideraciones de balance de pagos; y tercero, y no en último lugar por cierto, porque resortes fundamentales de la economía latinoamericana no podrían manejarse desde afuera. Yo atribuyo un papel importante a la inversión privada extranjera, sobre todo cuando trae tecnologías que no son todavía accesibles a la América Latina, lo cual seguirá existiendo dada la dinámica de la innovación tecnológica.

De todos modos, no creo que la preocupación creciente en la América Latina por la dependencia sea algo que pueda tratarse indiferentemente. Por eso es menester buscar fórmulas que permitan conciliar intereses que puedan ser compatibles a largo plazo, si no prevalecen criterios circunstanciales y espurios.

Por cierto que los problemas de la cooperación internacional no se presentan solamente en el ámbito latinoamericano; los he encontrado en muchas partes del mundo. Hay que reconocer que en esta materia hay fallas de los dos lados.

Para mí el papel primordial de la aportación de recursos financieros del exterior, además de la transferencia de tecnología, consiste en dar impulso a la movilización de recursos internos de inversión, y esto no se ha cumplido en la América Latina en los últimos dos decenios, salvo en muy pocos países.

El coeficiente de estos recursos internos de inversión con respecto al producto de la economía ha descendido en lugar de ascender. Esto se debe tanto a la carga extraordinariamente pesada de servicios, que llega ya al 10% de la demanda oficial, como a la falta de medidas positivas de los países latinoamericanos, en general, para acrecentar su ahorro en medida suficiente.

Se han transferido menos recursos de los que se necesitaban, se han cargado pesadamente los servicios y no se han facilitado las exportaciones para pagar estas cargas financieras y las crecientes importaciones de bienes de capital y otros bienes que exige el desarrollo económico. Hay que reconocer también con claridad que, si bien son muy conocidas las dificultades que ofrecen los mercados de los países desarrollados, los países latinoamericanos a su vez han desperdiciado oportunidades de exportación muy interesantes, y no han emprendido con vigor la marcha hacia el Mercado Común, que ha sido más bien débil y vacilante.

Estas experiencias tienen que servir para extraer conclusiones positivas con respecto al futuro. Es necesario, no solamente aliviar la carga de amortizaciones e intereses como lo propone el Informe Pearson, sino evitar que en el futuro esta carga contribuya a agravar el estrangulamiento exterior de la economía. No se crea que la América Latina necesita una cantidad desmesurada de recursos financieros. Ni la necesita, ni convendría que la tuviera, porque tiene que basar fundamentalmente su desarrollo en el esfuerzo nacional. Basta para demostrarlo la siguiente consideración. Las Naciones Unidas han recomendado, principalmente en UNCTAD, que los países desarrollados transfirieran recursos financieros a los países en desarrollo por un equivalente del 1% de su producto bruto. El Informe Pearson recoge esta sugestión parcialmente y sugiere que se llegue en forma gradual a esta meta en 1975. Pues bien, si así fuera, y la América Latina dispusiera de una proporción como la del pasado, que osciló entre 15 y 20% del total de estos recursos, ello sería suficiente para que con un gran esfuerzo nacional se pueda llegar a fines de este decenio y mantener después un ritmo de desarrollo de 8% anual, como se dijo anteriormente.

Digo y repito, un gran esfuerzo nacional. En mi Informe no he vacilado en calificar a este esfuerzo de disciplina del desarrollo, disciplina en la acumulación de capital, en el comercio exterior, y también en el arte político del desarrollo.

sea la aptitud para obrar consciente y deliberadamente sobre las fuerzas expansivas de la economía. Y para dar a la estrategia del desarrollo dimensiones nacionales, lo cual supone la participación de todos los grupos sociales, y su determinación de seguir esa disciplina. Entiéndase bien: disciplina del desarrollo, y no compulsión o regimentación del desarrollo.

Ya me he referido a los obstáculos externos; quisiera ahora mencionar los obstáculos internos, a los que el Informe dedica considerable atención. Llevar el ritmo de desarrollo al 8 % es tarea muy difícil. Incorporar las masas campesinas rezagadas e integrarlas socialmente requiere aumentar el producto por hombre y yo quisiera que se reflexione si acaso es posible hacerlo sin transformaciones estructurales que permitan la introducción del progreso técnico. Me pregunto también si sería posible aprovechar el gran potencial de la industria y aumentar su productividad si ella sigue protegida por un muro de aranceles que sofocan la competencia y traban el eficaz funcionamiento de las fuerzas del mercado. Y me pregunto por fin si el progreso técnico podrá avanzar como tiene que avanzar si no se promueve una intensa movilidad social, no sólo a través de la educación general y la capacitación técnica, sino por la creación de oportunidades de trabajo. Nos complace mucho señalar algunos progresos de la educación en América Latina, pero la insuficiencia dinámica de la economía explica que parte importante de esa gente que se capacita a un alto costo busque oportunidades en otras tierras, fenómeno más grave aún que la salida de capitales, que de suyo lo es un alto grado.

No habrá pues aceleración persistente del desarrollo si no se transforma la estructura económica y social. Al hacer estas afirmaciones no me guía dogmatismo alguno, pues creo no tenerlo. Porque es necesario ver este problema de la América Latina con gran independencia intelectual. Hablamos mucho de dependencia en la América Latina, y la hay y hay que vencerla. Pero todavía es fuerte el dominio intelectual de ideas y concepciones que no corresponden a la realidad latinoamericana y a las de los países en desarrollo en general. Los adelantos científicos y tecnológicos, junto con sus grandes beneficios, traen problemas nuevos a la América Latina, que no se presentaron en la experiencia de los países hoy avanzados. Esos adelantos se presentan en verdad con muy fuertes contradicciones, como se advierte en la contradicción fundamental que existe entre el crecimiento extraordinario de la población y la acumulación de capital. Crecimiento extraordinario que es el resultado de adelantos científicos y tecnológicos y acumulación de capital que requiere ser cada vez mayor porque la técnica impone creciente intensidad de capital por hombre, al mismo tiempo que los medios de comunicación de masas excitan constantemente a nuevas formas de consumo provenientes de los países más avanzados en países que tienen un poder de consumo muy inferior.

Las influencias adversas que gravitan sobre el comercio exterior latinoamericano son también consecuencias directas o indirectas del progreso técnico de los grandes centros. Superar esas contradicciones es tarea fundamental en la América

Latina. Es enorme el potencial de bienestar humano que representan esos adelantos, pero también muy serias esas contradicciones.

Hasta aquí he presentado algunos de los problemas principales del desarrollo latinoamericano, problemas de hoy y de los próximos años. Pero también es problema de hoy el que se plantea más allá del sistema económico y que tanto inquieta a las nuevas generaciones. Es muy importante lograr el bienestar genuino de las masas latinoamericanas; conforme prosiga el progreso técnico en el mundo y se extienda también a esta parte del planeta. Y esto nos plantea aquí, como en todas partes, un problema que todavía no se ha podido resolver, y que apenas se está vislumbrando, es decir, la construcción de una sociedad distinta de la que estamos viviendo. ¿Cuál es la imagen de esa sociedad en la América Latina? ¿Cuáles serán sus valores fundamentales? La respuesta no podrá venir espontáneamente del progreso técnico y económico. Se corre el gran peligro de que el incentivo económico, que tiene tan importante papel en la producción, desborde a otras actividades humanas, donde son otros los incentivos que deben prevalecer. Creo que la América Latina tiene grandes valores culturales y espirituales que desenvolver y no es utópico pensar que podríamos también tener un papel importante en la construcción del mundo futuro. No vendrá esto de la técnica, porque la técnica es ambivalente, pueda usarse para bien y para mal. Hay que tomarla resolviendo sus contradicciones, y subordinarla a los intereses fundamentales del hombre y de la sociedad.

No es posible sustraerse en todo esto a la emoción. La emoción que mueve grandes impulsos para construir, para hacer cosas nuevas, para afrontar riesgos. La emoción que nos lleva a fijar grandes objetivos y a luchar con resolución para alcanzarlos. Pero éstos no podrán conseguirse sin racionalidad y previsión.

Renégase a veces de la racionalidad, porque se quiere destruir lo que se considera malo, pero no podrá prescindirse de la racionalidad para construir de nuevo. Hago un llamado a la racionalidad y previsión, porque estamos a tiempo de obrar en forma deliberada sobre las fuerzas del desarrollo. Pero no tiene la América Latina mucho tiempo que perder. Ni tampoco lo tiene el mundo desarrollado en formular una gran política de cooperación. En fin de cuentas, el problema de la integración social de las masas rezagadas en las dos terceras partes de la humanidad, es un problema común, y resolverlo es la gran aventura del desarrollo.